

CASTILLA Y LEÓN, PIEZA CLAVE EN LA FORMACIÓN DE AMÉRICA

Eufemio LORENZO SANZ

En estos años que tanto se habla a favor y en contra del V Centenario, Castilla y León desea exponer de forma llana y sencilla su gran contribución al nacimiento del Nuevo Mundo a la civilización occidental.

Desde el predescubrimiento de América, son ya varios los castellanos y leoneses que anotan allí su nombre. Si de hombres vinculados al mundo indiano se habla, Cristóbal Colón y Valladolid son inseparables.

Pero los hombres de la Cuenca del Duero sobresalieron en todos los campos: exploración, gobierno, enseñanza (universidades), difusión cultural (cronistas de Indias), etc.

1. LOS PREDESCUBRIDORES CASTELLANO-LEONESES

En lo que podemos denominar la segunda parte de la gestación del plan colombino (la primera sería la Junta de Salamanca), nuevamente varios castellanoleonese, unos por nacimiento y otros por vivencia y relaciones con Castilla y León van a ser destacados protagonistas. Al serle rechazado el plan descubridor a Colón afirmó que solamente dos frailes no le habían abandonado. Se trata de fray Antonio de Marchena y de Diego de Deza. Otros dos seculares vinculados a Castilla y León serán también piezas claves en la época predescubridora de América: Alonso de Quintanilla y el Duque de Medinaceli.

Cristóbal Colón no se resignó a aceptar el dictamen desfavorable que los integrantes de la Junta de Salamanca habían dado a su plan «e contra el parecer de los más dellos porfió el dicho Almirante de ir al dicho viaje». En 1488 Colón debió viajar con los Reyes Católicos a Murcia, donde les mostró una invitación del rey portugués para

viajar a Lisboa. Los soberanos españoles no debieron objetar dicho viaje, que realizó, probablemente el genovés, preocupado entonces, por haber abierto ya los lusitanos el camino de la India, al haber descubierto Bartolomé Díaz el cabo de Buena Esperanza.

Cuando a finales de 1488 regresó Colón de Portugal, debió entrevistarse con el Duque de Medinaceli en el Puerto de Santa María, el cual estaba dispuesto a patrocinar la empresa colombina, de no haberse opuesto los Reyes, que la juzgaban propia de la Corona.

Como consecuencia de la carta del Duque de Medinaceli a la Reina, del apoyo del contador Quintanilla y del toresano Diego de Deza, Colón se traslada de nuevo a la Corte en 1490. Al año siguiente, Colón debió volver invitado por el de Medinaceli al Puerto de Santa María.

Estamos ya en 1491, próximo el final de la Reconquista y Colón sigue su eterno peregrinaje. Pero no se rinde. Ahora piensa ofrecer su proyecto a Francia. Previamente visita el monasterio de La Rábida en Huelva, donde fray Juan Pérez escribe a la Reina interesándose por el proyecto descubridor. Catorce días más tarde fray Juan Pérez recibe orden de la Soberana para que se traslade a Santa Fe, en la Vega de Granada, para entrevistarse con ella. Convencida Isabel por el franciscano de La Rábida, se entregaron a Colón 20.000 maravedís para que se presentase decorosamente en la Corte en Santa Fe.

De nuevo se va a enfrentar Colón con una nueva comisión. Pero ahora, no sólo expone las ideas cosmográficas anteriores, sino que realiza desorbitadas demandas. Estas van a ser el verdadero obstáculo, dado que el futuro descubridor no cedía lo más mínimo. Ante tal actitud, mandaron «los Reyes que le dijese que se fuese en hora buena». En este momento dos personas lograrán convencer a los Reyes, para que acepten definitiva e íntegramente el plan descubridor colombino: el valenciano Luis de Santángel y el zamorano Diego de Deza.

Antonio de Marchena

Fraila franciscano, célebre por su amistad con Colón y por la protección que le otorgó. Durante muchos años se le ha confundido con el otro religioso amigo de Colón, fray Juan Pérez, llegando a hacerse de ambos uno solo, al que se llamaba fray Juan Pérez de Marchena.

Poco se sabe de su vida. Fue guardián del convento de San Esteban de los Olmos, cerca de Burgos en 1473. En 1499 fue elegido Vicario provincial de la Orden de Castilla y reelegido en 1502. Era astrólogo, teniendo por tanto conocimientos de astronomía y cosmografía. Piensa Rumeu de Armas que Marchena residía en la Corte en los años que Colón peregrinaba en la misma, donde se conocieron. Su intervención resultó eficaz para constituir la Junta de Salamanca, y según el Padre Las Casas ayudó fuertemente para persuadir a la Reina para la firma del plan colombino.

Alonso de Quintanilla

Aunque nacido en Asturias hacia 1420, su vida transcurre en Castilla desde 1440. Medina del Campo puede considerarse la villa de sus amores, dado que fue regidor

de la misma, fundador y tesorero de su fábrica de moneda y alcaide del Castillo de la Mota. En Medina construyó su propio palacio, hoy en ruinas y allí murió.

Su talento y cultura fueron el carnet de presentación ante el rey Juan II. Hombre hábil, trabajó abiertamente por Isabel la Católica, quien le correspondió nombrándole contador mayor de Castilla, cargo con el que cooperó eficazmente a la reorganización de la hacienda y al abastecimiento de los ejércitos.

Amigo y protector de Cristóbal Colón desde sus primeros años en España, Quintanilla fue un hombre clave para que los Reyes Católicos firmasen con el genovés las Capitulaciones de Santa Fe. La información que sobre Quintanilla proporciona Gonzalo Fernández de Oviedo no tiene desperdicio: «En aquel tiempo que Colón, como dixe, andaba en la Corte, llegábase a casa de Alonso de Quintanilla, contador mayor de cuentas de los Reyes Católicos (el cual era notable varón y deseoso del acrecentamiento y servicio de sus reyes) y mandábale dar de comer y lo necesario por una compasibilidad de su pobreza. Y en este caballero halló más parte e acogimiento Colón que en hombre de toda España...».

Fray Diego de Deza

Al toresano Diego de Deza se le halla íntimamente relacionado con Cristóbal Colón desde 1486 en que se conocen en Salamanca. De ascendencia gallega, Diego de Deza nace en Toro en 1443. Inclinado por la vida religiosa, toma el hábito de la orden dominicana en el convento de San Ildefonso de Toro.

Después de regentar casi un decenio la cátedra de Prima de Teología en la Universidad salmantina, su tío Rodrigo de Ulloa, señor de la Mota, presenta a fray Diego de Deza a los Reyes Católicos en 1486, los cuales le eligen como maestro del príncipe D. Juan.

Fray Diego de Deza, hombre de vida ejemplar, fue uno de los más leales amigos de Cristóbal Colón. En cartas de Colón a su hijo Diego quedan patentes la confianza y el agradecimiento hacia el dominico toresano, Obispo de Zamora en 1494 y de Palencia en 1500. Refiriéndose a Diego de Deza afirma Colón «que fue causa que sus Altezas hobiesen las Indias», lo cual indica el decidido apoyo del zamorano a Colón en todo momento, pero sobre todo en las fases finales de la negociación, quizá al ser rechazadas las condiciones exigidas por Colón y que constituirán la base de las Capitulaciones de Santa Fe.

Fernández de Oviedo nos presenta a Deza rico en virtud y pobre en dinero: «honrado, hidalgo, aunque pobre destos bienes temporales, pero rico con su pobreza, por ser virtuoso e limpio varón, sin vicios».

Entrado ya en años, el motropolitano hispalense aparece como un pastor dadivoso, con ciertos toques principescos y gallardos, como era el hacerse acompañar de un león, aunque manso y desdentado.

El Duque de Medinaceli

Don Luis de la Cerda, quinto Conde de Medinaceli y primer Duque de este nombre, era Señor del Puerto de Santa María y de la villa de Cogolludo. En la villa soriana

de Medinaceli todavía puede observarse el palacio de los Duques, construido en piedra y ladrillo. Asimismo, en la parroquia gótica de Santa María la Mayor, erigida en colegiata en 1576, se hallan los sepulcros de los Duques de Medinaceli.

El Duque de Medinaceli fue un excelente protector de Cristóbal Colón y un apoyo firme cerca de la Reina para la cristalización de las capitulaciones de Santa Fe. En una carta del Duque al Cardenal Mendoza (19-V-1493) nos confirma la ayuda al descubridor: «no sé si sabe vuestra Señoría como yo tove en mi casa mucho tiempo a Cristóbal Colomo que se venía de Portugal, y se quería ir al Rey de Francia para que emprendiere de ir a las Indias con su favor y ayuda».

Al no ser autorizado por los Reyes a llevar a cabo a su costa el viaje descubridor, el de Medinaceli introdujo a Colón en la Corte. El propio Duque afirma que tuvo al genovés dos años en su casa. Probablemente se trate de dos temporadas de años diferentes: quizá 1488 y 1490.

Gutierre de Cardenas

No se puede precisar bien el momento en que apoyó el proyecto colombino el comendador de León, mayordomo mayor del príncipe don Juan, maestresala de la reina y miembro del Consejo Real.

Los marqueses de Moya: Beatriz Fernández de Bobadilla y Andrés de Cabrera

Beatriz Fernández de Bobadilla nació en Medina del Campo. Hija del gobernador del Castillo de Arévalo, contrajo matrimonio con Andrés de Cabrera, alcaide del Alcázar de Segovia en 1474, al ser proclamada reina Isabel la Católica. Educada con la Reina, fue su mejor amiga y mujer de su confianza. Se desconoce la ayuda prestada por los marqueses de Moya a Cristóbal Colón, a quien debió conocer Bobadilla en 1487 y prestar eficaz protección, alentando a la reina para que aceptase los planes descubridores del italiano.

2. LA CASA-MUSEO DE COLÓN, TESTIGO DE SU MUERTE EN VALLADOLID Y RECUERDO DE SU ETERNO PEREGRINAR CON LA CORTE POR CASTILLA Y LEÓN

Como no se dispone de ningún retrato o grabado auténtico de Cristóbal Colón, nos servirá para conocer mejor al descubridor de América, la descripción que del mismo hace un contemporáneo suyo, fray Bartolomé de las Casas:

«Fue alto de cuerpo, más que mediano; el rostro luengo y autorizado; la nariz aguileña; los ojos garzos; la color blanca, que tiraba a rojo encendido; la barba y cabellos, cuando era mozo, rubios, puesto que muy presto con los trabajos se le tornaron canos. Era gracioso y alegre, bien hablado... Era sobrio y moderado en el comer y beber, vestir y calzar... En las cosas de la religión cristiana sin duda era católico y de mucha devoción... Constantísimo y adornado de longanimidad en los trabajos y adversidades que le ocurrieron siempre, las cuales fueron increíbles e infinitas, teniendo siempre una gran confianza en la Providencia Divina».

Cristóbal Colón es una gloria y como las glorias dan prestigio, todo el mundo desea hacerlo su paisano: genovés, catalán, mallorquín, portugués, gallego, extremeño, corso y de sangre judía. Pero cuando Colón instituye su mayorazgo (22-II-1498) su patria aparece clara: «... que siendo yo nacido en Génova les vine a servir aquí a Castilla... pues que de ella (Génova) salí y en ella nací».

La primera peregrinación importante de Colón por Castilla y León tuvo lugar con motivo de la Junta de Salamanca que debía estudiar su proyecto descubridor. El genovés debió seguir a la Corte y permanecer en Salamanca desde finales de 1486 a comienzos de 1487.

Al regresar Colón de su segundo viaje a las Indias, se dirige a Burgos, residencia de la Corte en aquel momento. La comitiva colombina debió llegar a Burgos a finales de octubre. En el palacio del Condestable de Castilla (Palacio del Cordón) recibieron los Reyes Católicos a Cristóbal Colón, vestido con el tosco y pardo sayal franciscano, siendo testigos privilegiados de los objetos de oro, indios antillanos y vistosos animales llevados por el genovés. Los soberanos escucharon a Colón, que se trasladaba con la Corte a Valladolid y Medina del Campo a mediados de mayo de 1497. En la villa de las Ferias ratifican los Reyes a Colón los privilegios concedidos en las Capitulaciones de Santa Fe (2-VI-1497). De Castilla la Vieja parte Colón para emprender su tercer viaje, una vez agilizados los trámites para el mismo en la Corte.

El 7 de noviembre de 1504 llegaba Colón a Sanlúcar de Barrameda de regreso de su cuarto viaje, con el cuerpo tullido por la gota y artritis y el alma dolorida. Desde este momento, su estrella no brilla y la Corte prescinde del genovés en todo lo relacionado con las Indias. La muerte de la reina Isabel (26-XI-1604), su benefactora de siempre, supuso un fuerte revés para Colón. Esta pérdida intentará paliarla en parte, el descubridor, apoyándose en la poderosa familia del Duque de Alba, dado que estaba en trámite el matrimonio de Diego Colón con María de Toledo, sobrina del Duque.

Los últimos días de Colón en Sevilla y luego siguiendo a la Corte por Segovia, Salamanca y Valladolid, los dedicó el Almirante a reclamar el cumplimiento de las promesas regias y derechos otorgados y a procurar transmitirlos a su hijo Diego. La enfermedad lo retuvo en Sevilla hasta finales de mayo de 1505, en que se traslada a Segovia, donde se halla la Corte. Pero el rey Fernando daba largas a las reclamaciones colombinas, dado que los privilegios del genovés resultaban excesivos y contrarios a la política antifeudal y unificadora de los Reyes Católicos.

Deseaba Fernando el Católico llegar a un acuerdo con Colón, permutándole sus privilegios indianos por otros en España: «Quiso el Rey que le tentasen con concierto y partidos, para que hiciese renunciación de los privilegios que le habían concedido, y que por Castilla le harían la recompensa, y creía que se le comenzó a apuntar que le darían a Carrión de los Condes y sobre ello cierto estado». Colón se opuso a dichas pretensiones, al igual que había hecho en 1497, cuando se le pretendieron permutar sus derechos por algunos territorios en la isla Española.

Tampoco se atrevía el rey Fernando a resolver las reclamaciones colombinas, ante la inseguridad que para el soberano representaba la próxima llegada a España de su hija Juana y de Felipe el Hermoso (26-IV-1506), que asumirían el gobierno de Castilla. La enfermedad impidió a Colón dar la bienvenida a los Reyes en Valladolid, donde se hallaba, siguiendo a la Corte.

El día anterior a su muerte, Cristóbal Colón otorgó testamento en Valladolid. En realidad se trata de la confirmación del testamento hecho por Colón cuando se hallaba en Segovia con la Corte en 1505, al que añadió un Memorial de deudas. En el último documento de Colón se pueden distinguir dos posturas. En una parece como si el genovés continuase vivo: ordena la sucesión del mayorazgo, protesta ante la injusticia sufrida ante los Reyes y aconseja resistir hasta conseguir lo prometido; en la otra parte y consciente ante la muerte, Colón señala algunas mandas religiosas e intenta descargar su alma ordenando pagar deudas.

Según nos cuenta su hijo Diego, Colón, «agravado de gota, y del dolor de verse caído de su estado; agravado también con otros males, dio su alma a Dios el día de su Ascensión, a 20 de mayo de 1506, en la villa de Valladolid...». Sus funerales se celebraron en la iglesia de Santa María de la Antigua de Valladolid y fue enterrado en la iglesia del convento de San Francisco de la ciudad. Aunque por la desidia oficial no recibía Colón con regularidad las rentas que le correspondían, no es cierto que muriese en la miseria y en triste soledad, entre otras pruebas está el hecho de que siete de sus criados firmasen su testamento.

Pero Colón no encontró el descanso ni después de muerto, pues sus restos se trasladarán sucesivamente a la Cartuja sevillana de Santa María de las Cuevas, a la catedral de Santo Domingo (hacia 1536), a la de La Habana (1795) y a la de Sevilla (1899). Pero la capital dominicana y Sevilla siguen reclamando para sí los únicos restos del marino insigne, del descubridor de un Nuevo Mundo, del amigo de secretos, del valiente, y tenaz, del orgulloso y humilde, del gran observador y disimulador, del débil, el esclavista y el comerciante.

Se ignora el lugar exacto de la muerte de Colón, dándose dos como probables. Matías Sangrador afirma, en su *Historia de Valladolid*, que Colón murió en el n.º 2 de la calle Ancha de la Magdalena. Aquí colocó el Ayuntamiento de Valladolid en la década de 1860 una lápida conmemorativa con esta inscripción: AQUI MURIO COLON - GLORIA AL GENIO. Sin embargo, Aureliano García Barrasa, director del diario vallisoletano *La Crónica Mercantil*, indica que su muerte se produjo en la actual calle Colón, en una casa próxima a la iglesia de la Magdalena, señalada hoy con el n.º 7.

3. PROTAGONISMO DE LOS CASTELLANOS Y LEONESES EN LA EXPLORACIÓN Y COLONIZACIÓN DE LOS ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA

La penetración hispana en Estados Unidos de América fue obra fundamental de los castellanos y leoneses. El vallisoletano de Santervás de Campos, *Ponce de León* dio a conocer la península de Florida; *dos castellano-leoneses*, un marroquí y un andaluz, recorrieron el hoy denominado American Sahara; al extremeño Hernando de Soto debemos el conocimiento del Missisipí. La expedición del salmantino *Francisco Vázquez de Coronado* fue riquísima en el aspecto geográfico. Descubrió el Far West, las Montañas Rocosas, las Praderas, el río Colorado, el Gran Cañón, el fondo del golfo de California, Nuevo México, Arizona, la cultura de los Pueblos, el Llano Estacado y Kansas. A Coronado se debe también el haber descubierto la línea divisoria de las vertientes atlántica y pacífica de Estados Unidos. A finales del siglo XVI y comienzos

del XVII Juan de Oñate conquistaba e iniciaba la colonización de Nuevo México, descubierto por Coronado.

El castellano viejo Juan Ponce de León alcanzó en América un rico florón de realizaciones prácticas en las dos primeras décadas del siglo XVI en el Mar de las Antillas. Pero la empresa que le ha inmortalizado fue la romántica aventura de la *Florida*. Salió en 1513 en busca de la isla de Bimini, al norte de Cuba —quizás atraído por una leyenda india que situaba en aquélla una fuente maravillosa que rejuvenecía y donde existían fabulosas riquezas—, pero en realidad lo que descubrió fue la Península de Florida. También hallaron la isla de Bimini, aunque no la fuente de la eterna juventud, que según los indígenas volvía a los viejos, mozos. Ponce de León, una de las personalidades españolas más importantes de la Historia de América del siglo XVI, morirá víctima del veneno de una flecha india, en la expedición pobladora de la península de Florida que llevó a cabo en 1521.

En 1526 otro castellano, *Lucas Vázquez de Ayllón*, partió con seis barcos de las Antillas para fundar una colonia en territorio de Estados Unidos. La expedición integrada por 500 ó 600 personas resultó un desastre total, si bien recorrieron las costas de Carolina del Sur, Carolina del Norte y Virginia.

En 1528 salió de Cuba otra expedición pobladora de la península de Florida. La dirigía el vallisoletano *Pánfilo de Narváez* y la integraban 300 hombres. En noviembre de 1528 ya sólo quedaban 80 expedicionarios y Narváez pereció tragado por el mar. Los supervivientes desembarcados, vagaban por tierra muriéndose de hambre y frío, hasta quedar reducidos a 15 y terminar comiéndose unos a otros.

Alvar Núñez Cabeza de Vaca, el negro Estabanico, *el salmantino Alonso Castillo Maldonado* y *Andrés Dorantes, de Béjar* fueron los únicos supervivientes de esta desastrosa expedición. Durante seis años convivieron con los indígenas, primero como esclavos y más tarde como médicos o hechiceros. Soplando sobre los enfermos y rezando, conseguían increíbles curaciones.

Cubiertos de pieles o desnudos y con largas barbas siguieron hacia el oeste y cruzaron el río Grande, Chihuahua y Sonora (norte de México), acompañados de una multitud de indios (a veces de tres a cuatro mil), que los seguían. Recorrieron miles de kilómetros y en 1536 a los ocho años de su desembarco en Florida, hallaron en Sinaloa a un grupo de españoles. Fueron recibidos con grandes fiestas en México el día de Santiago.

Así terminaban dos castellano-leoneses, un andaluz y un marroquí —únicos supervivientes de los 300 que con Narváez habían emprendido la expedición por tierra de Florida— aquella empresa norteamericana dirigida por el vallisoletano, una de las más desastrosas de las emprendidas en Indias. Habían atravesado América del Norte de mar a mar por la parte sur y recorrido más de 10.000 kilómetros.

Otra colonización destacadísima en Estados Unidos fue la llevada a cabo en el siglo XVIII por un bejarano. *Baltasar de Zúñiga Sotomayor Mendoza* y *Guzmán, segundo marqués de Valero*, nació en el palacio ducal de Béjar en 1659. Luchó por la causa de Felipe V, quien le nombra Virrey de Nueva España (1716-1722), cargo que desarrolla con celo y prudencia. Uno de los mayores éxitos de Zúñiga fue el devolver la paz social al virreinato, resolviendo el estado de inseguridad que reinaba. Impulsó el marqués de Valero la colonización del inmenso territorio de Texas, estableciendo para capital del mismo la «Villa de Béjar», más tarde llamada San Antonio de Texas.

D. Baltasar de Zúñiga fundó también la misión de «San Antonio de Valero», próxima a San Antonio de Texas, y conocidísimo hoy dicho lugar con el nombre de El Alamo. Esta antigua misión fundada por el Virrey bejarano es conocida en Estados Unidos, como la «cuna de la libertad de Texas», dado que fortificados en ella en 1736 alrededor de 200 norteamericanos, en guerra con México, fueron cercados y muertos todos tras 13 días de asedio por el General mexicano Santa Anna.

4. LAS UNIVERSIDADES DE SALAMANCA Y VALLADOLID TRASPLANTADAS A AMÉRICA

Las Universidades de Salamanca y Valladolid llenaron un día el mundo con su nombre. Lope de Vega dijo de la de Salamanca que «encierra en sí todo lo bueno del mundo...». El lema de *Salamanca enseña* grabado en su escudo en el siglo XVI, ha sido posible por el perenne mensaje de docencia que los profesores y alumnos del *Alma Mater* de la Hispanidad han transmitido. Igual se puede afirmar de la Universidad de Valladolid.

Alumnos de Salamanca y Valladolid intervinieron de forma activa en el nacimiento y afianzamiento de las Universidades de Santo Domingo, Lima, Méjico, Santa Fe de Bogotá, Quito, Santiago de Chile, Guatemala, Caracas, Buenos Aires, Córdoba, etc. Las Universidades hispanoamericanas nacen apoyadas por la Iglesia (secular y regular) y los laicos, se instalaban primero en conventos o colegios religiosos, siendo apoyadas por la Corona, el Papa y las órdenes religiosas más tarde.

Las Universidades de Salamanca y Valladolid han fructificado en muchas otras de Hispanoamérica. Esta rica floración constituye uno de los capítulos más interesantes de la historia de la cultura española. Las Universidades hispanoamericanas nacen a imitación de la salmantina. De ella copian su estructura y organización. La Universidad de Salamanca fue invocada constantemente por la Corona y por el Papa para ser el modelo de las americanas. La Universidad de Méjico se calca siguiendo el modelo de Salamanca, de donde proceden la mayoría de sus profesores. La Universidad de Lima nace en los claustros dominicos, progresa con el apoyo de los virreyes y florece dotada por los reyes con todos los privilegios de la de Salamanca. Estas dos Universidades serán imitadas, a su vez, por las que van surgiendo en el Nuevo Mundo.

El Consejo Directivo de la Unión de Universidades de América Latina dedicó en 1953 con motivo del VII Centenario de la fundación de la de Salamanca una placa con la siguiente inscripción: «Homenaje de las Universidades Latinoamericanas a la Universidad de Salamanca en el VII Centenario de su fundación, con filial afecto, imperecedera gratitud y sincera admiración por la histórica misión cultural cumplida».

Los hombres eminentes formados en las dos universidades castellano-leonesas y que destacaron en la acción americana son muchos: Fray Francisco de Vitoria, Fray Antonio Montesinos, Fray Vicente Valverde, don Pedro de la Gasca, don Lope García de Castro, Toribio de Mogrovejo, Bernardino de Sahagún, Ramírez de Fuenleal, Vasco de Quiroga, Juan López de Palacios Rubios, Lorenzo Galíndez de Carbajal. Juan de Solórzano Pereira, formado en Salamanca, fue oidor de la Audiencia de Lima y autor de la famosa *Política indiana*.

5. LOS COLEGIOS MAYORES UNIVERSITARIOS DE VALLADOLID Y SALAMANCA, FORMADORES DE ÉLITES DE PODER EN ESPAÑA Y AMÉRICA

Una consecuencia de las Universidades son los Colegios Mayores. Nacen para proporcionar alojamiento a escolares universitarios, remediar la pobreza de algunos y posibilitar una mejor formación de todos. Aunque unos colegios eran seculares, y otros religiosos para los alumnos de las órdenes regulares que estudiaban en la Universidad, todos los colegiales vestían como clérigos y la disciplina era casi monacal. La evolución máxima de estos Colegios Mayores o Conventos dio origen a las universidades de fundación dominicana, agustiniana o jesuítica en Hispanoamérica.

Decía un refrán antiguo aludiendo al diferente colorido de los hábitos de los colegiales mayores de Salamanca: «En Salamanca anida toda clase de pájaros». En efecto. A los del Colegio de San Pelayo los llamaban «verderones», a los jerónimos «tordos», a los dominicos «golondrinos», a los bernardos «grullos», a los mercedarios «cigüeños», a los mostenses «palomos» y a los franciscanos «pardales».

Varios conventos religiosos estaban incorporados a la Universidad de Salamanca desde mediados del siglo XVI. Fue el primero el de San Esteban y le siguió el de San Francisco.

Los Colegios Mayores para seculares nacen en el siglo XIV, florecen en el XVI, decaen en el XVII y mueren en el XVIII. Aunque nacieron para facilitar el estudio a los alumnos pobres, enseguida torcieron el rumbo y terminaron siendo eminentemente aristocráticos. La minoría selecta recogida en ellos, al estudiar en un ambiente ideal y propicio, pretendía alcanzar el saber y la virtud.

Los Colegios Mayores vinieron a ser centros de formación de teólogos y juristas, que trabajaban con disciplina y austeridad. De ellos van a salir una verdadera *élite de poder* que va a ocupar puestos importantísimos tanto en España como en América: presidentes y consejeros de Indias, presidentes y oidores de las Audiencias de Indias, obispos, catedráticos de las universidades americanas, hombres del gobierno, etc.

En el siglo XVI existían en España seis Colegios Mayores. Todos ellos son hijos, es decir, que copian sus estatutos del San Bartolomé de Salamanca. Todos ellos, exceptuado el San Ildefonso de Alcalá de Henares, son castellano-leoneses. La jornada transcurría entre el estudio, la asistencia a clases y las prácticas piadosas. Además de las clases universitarias, tenían lectores en el propio colegio y celebraban conclusiones y actos solemnes.

El Colegio San Bartolomé, llamado también el «Viejo», es el más antiguo de España. Inaugurado en 1517, es hoy el Palacio de Anaya y sede de la Facultad de Filosofía y Letras. Un siglo más tarde se fundó también en Salamanca el de San Salvador de Oviedo. Más tarde aparecen también en la ciudad del Tormes el de Santiago del Zebedeo o de Cuenca y el del Arzobispo. Este último sirvió de modelo al Colegio Mayor del Rosario en Santa Fe de Bogotá.

El Colegio Mayor Santa Cruz de Valladolid lo fundó en 1434 don Pedro González de Mendoza a imitación de San Juan Bartolomé de Salamanca. Todavía se puede admirar hoy su hermoso edificio isabelino plateresco, utilizado como rectorado de la Universidad. La ampliación que del Colegio se llevó a cabo en el siglo XVII sigue siendo hoy Colegio Mayor.

«En todas las batallas o reencuentros
éramos los que sosteníamos al Cortés,
Y ahora nos aniquila este Cronista»

(López de Gómara)

Bernal Díaz del Castillo

Desde el *Diario* que Cristóbal Colón dejó de su primer viaje a las Indias (1492), hasta el *Diario* de Fray Diego de Orgaz (1821) por tierras del noroeste de California, que fue la última exploración española realizada, se han escrito miles de páginas de literatura cronística americana. De éstas, gran parte son obra de los castellano-leoneses, que actuando como soldados o exploradores, como cronistas oficiales o de órdenes religiosas nos dan a conocer el Nuevo Mundo en su geografía, historia, pobladores, costumbres, etc. Todas las provincias de Castilla y León proporcionan cronistas de Indias, pero la de Valladolid brilla con luz propia, pues proporciona la mitad.

El primer cronista de Indias castellano-leonés fue Alonso Zuazo, nacido en Paradinas (Segovia) hacia 1466. Fue colegial de Santa Cruz de Valladolid y es autor de una carta-informe sobre los indígenas y la protección que debe dárseles. El benedictino Fray Martín Sarmiento, natural de Villafranca del Bierzo (1695) es el último de los cinco castellano-leoneses que fueron cronistas mayores de Indias: Herrera y Tordesillas (de Cuéllar), Gil González Dávila (Ávila), Antonio de León Pinelo (Valladolid) y Pedro Fernández del Pulgar (Medina de Rioseco). Antonio de Herrera y Tordesillas es el primer cronista de Indias que escribe como verdadero historiador, pues al narrar hechos sucedidos hace más de medio siglo, puede darle una interpretación histórica más adecuada y rectificar informaciones, mediante la consulta de documentos. Es autor de la *Historia General de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar océano* o de las *Décadas*, continuadas por Fernández del Pulgar.

Un riquísimo plantel de castellanos y leoneses han historiado *Nueva España*. El medinés Bernal Díaz del Castillo, después de luchar en su conquista, escribió la *Historia verdadera* de la misma, destacando el protagonismo de sus compañeros de armas, los soldados. El soriano Francisco López de Gómara ensalza en cambio a su capitán Hernán Cortés. Frente a esta conquista material, cuatro frailes franciscanos de Castilla y León nos ofrecen la conquista espiritual de Nueva España y numerosas noticias sobre la vida y costumbres de los indígenas: Torquemada, Toribio de Benavente, Bernardino de Sahagún y Andrés de Olmos.

Si rica es la literatura cronística del *virreinato* novohispano, no le va a la zaga la del *peruano*. Las guerras civiles que azotan éste a mediados del siglo XVI agilizan la pluma de Diego Fernández el Palentino y del vallisoletano Agustín de Zárate. El hermano de éste, Polo de Ondegardo historiará a los indígenas peruanos, al igual que otro vallisoletano, Juan de Betanzos, que casado con una princesa incaica y mujer de Atahualpa escribirá la historia del imperio inca. Otra pluma vallisoletana, la de Juan de Matienzo, el más eminente jurista español del reinado de Felipe II proporciona riquísima información económica, social y jurídica del Perú. En este *virreinato* el protagonismo de los cronistas religiosos castellano-leoneses corresponde a los jesuitas.

